

Relación Iglesia-Estado liberal de El Salvador (1871-1931)

Santiago García Iparraguirre.

El 11 de octubre de 2002 fue defendida esta tesis, dirigida por el profesor Emilio Majuelo Gil, obteniendo la calificación de “sobresaliente cum laude” por unanimidad ante un tribunal formado por Juan Sisinio Pérez Garzón (Presidente), Juan Madariaga Orbea, Carmen Frías Corredor, Julio Gorricho Moreno y Joseba Aguirrezkuenaga Zigorruga.

Con la revolución de 1871, El Salvador inauguró el periodo liberal (1871-1931) en el que se gestó un Estado nacional fuerte y centralizado. Esto fue posible gracias a que con la producción del monocultivo del café, El Salvador se abrió al mercado internacional como país agroexportador. La bonanza del café posibilitó la creación del Estado moderno salvadoreño.

Los liberales salvadoreños asumieron los conceptos de la revolución francesa: igualdad, libertad, fraternidad y democracia liberal, democracia que fue una formalidad vacía de contenido. En efecto, la oligarquía liberal cafetalera de El Salvador se adueñó de las tierras ejidales y comunales y de la mano de obra proletarizada campesina, de modo que la revolución liberal salvadoreña fue antidemocrática: un pequeño grupo de hacendados que se adueñan de las tierras y de la fuerza de trabajo del campesinado, creando un Estado y una estructura legal en función de sus intereses grupales, cuyo criterio era la eficiencia económica y la maximización de las ganancias, lo que generó una estructura social de un pequeño grupo dominante y una masa dominada por medio de la violencia y represión establecida y legalizada. Esta fue la democracia salvadoreña.

Dentro de las reformas que exigían el nuevo orden liberal en el Salvador, el Estado oligárquico liberal trató de dominar el poder ideológico y económico de la Iglesia. El segundo intento fue fácil porque la Iglesia salvadoreña era pobre. La tierra estaba en manos de las comunidades, municipalidades y cofradías. El liberalismo salvadoreño fue anticlerical y la Iglesia fue antiliberal. Esta no supo discernir los valores positivos y los aspectos negativos de las revoluciones francesa y liberales, y condenó

el liberalismo como un todo: el proceso secularizador y laico de la sociedad y del Estado, la libertad, la democracia, la secularización de la educación, del matrimonio, de los cementerios...etc. Se opuso a la libertad de prensa, a la libertad religiosa, a la separación de la Iglesia y el Estado, al jurisdiccionalismo laico...etc. La Iglesia salvadoreña seguía anclada en el modelo del Antiguo Régimen y de la época colonial. El conflicto estaba servido.

La historiografía liberal en América Latina mantuvo, en general, que las revoluciones liberales redujeron a la institución eclesial a la nada, la sacaron de la historia moderna, la metieron en el interior de la sacristía, la redujeron al campo de la conciencia intimista y anularon todo su influjo social y protagonismo histórico. Nada más equivocado. En esta tesis doctoral se demuestra suficientemente que el conflicto entre el Estado Liberal y la Iglesia en El Salvador, tuvo dos momentos. En un primer momento hubo un enfrentamiento, conflicto y hostilidad entre la Iglesia antiliberal y el Estado liberal anticlerical. Esto llevó a una situación de desgaste y pérdida de poder social y política para la Iglesia salvadoreña e inestabilidad política para los gobiernos liberales. De modo y manera que en un segundo momento, y aunque el Estado seguía siendo liberal y se había secularizado la vida política y social, hubo un acercamiento entre la Iglesia y el Estado. Se buscó la armonía, la convivencia, y la Iglesia terminó por adaptarse al nuevo orden en línea de hecho, que no de derecho y de principios. Así que se creó una situación de connivencia entre la Iglesia y el Estado oligárquico salvadoreño. Y es que el Estado necesitaba de la Iglesia para sacralizar el nuevo orden, y la Iglesia creía necesitar del apoyo del Estado para recuperar el poder político y social por la vía del buen entendimiento entre los dos entes. Así que la Iglesia salvadoreña estuvo muy presente en la historia del periodo liberal en el El Salvador, como lo había estado en el periodo conservador y en tiempo de la colonia, y conformó y configuró este periodo y la historia correspondiente.

La Iglesia sirvió al Estado oligárquico, predicando la obediencia a la autoridad como venida directamente de Dios, condenando toda desobediencia y revolución y promoviendo el orden y la paz. En compensación, y en contra del derecho constitucional, el Estado salvadoreño favoreció a la Iglesia, la que se presentó como institución religiosa y apolítica. Y es que hacer política era cuestionar el orden establecido, obedecerlo era no hacer política, aunque más bien era la política del apolítico. Así la Iglesia renunció a su cometido ético-profético en defensa de los valores humanos y condenación de las injusticias y atropellos. Predicó una salvación transitoria e individualista del alma con ribetes escatológicos, y exhortó a la obediencia y sumisión como forma de cumplir la voluntad de Dios. Así la Iglesia fortaleció la institución y la sociedad eclesiástica y claudicó frente a su misión histórico-profética.

Y es que la Iglesia no renunció a su autocomprensión. Se entendió como sociedad perfecta con marcados caracteres jurídicos. Se consideró como fin en sí misma, se identificó como el Reino de Dios, cerrada al mundo y a la historia. Se explayó en la esfera intimista, individualista y espiritual, y promovió una escatología metahistórica, renunciando a ser sacramento universal de salvación al servicio del Reino, del hombre, de la humanización y de la justicia. Descuidó la dimensión ético-profética y el ser instancia crítica de la sociedad.

Frente al liberalismo oligárquico, el pueblo salvadoreño era un pueblo religioso, ajeno a la revolución liberal, que lo oprimió más que liberó, y que fue excluyente de las masas, del pueblo y de las étnias indígenas.

Este protagonismo histórico de la Iglesia salvadoreña y política de armonía, colaboración y acercamiento al Estado, se dio a través de la acción del cuarto obispo, Pérez Aguilar (1888-1926) y de la praxis política de la Delegación Apostólica.

De esta suerte, la historia de El Salvador desde la revolución liberal (1871) hasta 1980, fue la historia de dos grupos: el dominado y el dominador. El dominador era el establecido por el Estado, el ejército, la oligarquía, el capital extranjero y la Iglesia salvadoreña. El dominado estaba formado por la alianza del campesinado, el mundo de los obreros y artesanos y grupos de clases medias urbanas. Pero cuando una parte de la Iglesia salvadoreña apoyó las reivindicaciones del estamento dominado, la balanza se desniveló y comenzó la guerra civil que terminó en 1992.